

De la Biblioteca ¿qué?

Hay niños de tan extraordinario apetito que gozan cuando llega a la casa paterna un forastero y aún dos forasteros, pues presienten el opíparo banquete que se avercina.

La pobre mamá, con la máscara de la complacencia y del agrado, ha de hacer un gasto enorme en el mercado de las cosas de comer y de beber; pero los niños se desentendían de esos reparos de orden económico y están a lo suyo: al banquete, con sus pollos, arroz con leche y las consabidas frutas del tiempo y pasteles probablemente.

Como esos niños glotonos, nosotros en este asunto de la Biblioteca Municipal de Rentería, votaríamos por la Biblioteca a todo trance, por encima de todo; aunque no haya para pan.

Claro que pensándolo bien y con detenimiento, hemos de respetar las decisiones de quien manda; por hoy y, por lo visto, no hay dinero para eso de la Biblioteca.

Bueno; pues algún día lo habrá y para la oportunidad de ese momento, queremos dejar sentadas algunas advertencias relativas a la instalación y gobierno de la dependencia pública susodicha.

Es indispensable que el edificio se construya ad hoc: nada de utilizar o habilitar locales viejos; huyase como del demonio, de lugares excéntricos o apartados; la biblioteca ha de estar situada en sitio visible; que se meta por los ojos; que invite, por el aire de su modesta, pero elegante fachada, a entrar a visitarla.

Siendo el edificio especialmente construido al objeto, no hemos de hacer prevenciones al arquitecto director de la obra sobre los interesantes requisitos de luz, ventilación y calefacción; sobre las condiciones especiales de resistencia y comodidad de mesas y sillas y sobre la conveniencia de un pavimento especial y zócalos duraderos.

Suponemos, con optimismo, que la sala de lectura va a tener muchos abonados y a pesar de esta concurrencia, es preciso que suelo, paredes y muebles no adquieran con facilidad la mugre del uso.

En cuanto a gobierno o reglamento de la culta oficina, apuntaremos algo.

El bibliotecario no tendrá otra misión que la biblioteca: llevará cuidadosamente el índice de libros, propondrá nuevas adquisiciones y será en el funcionamiento de su cargo como el capitán en su barco. Dueño y señor: árbitro inapelable. Hará observar silencio absoluto, pues las peticiones de libros se harán por papeleta; hará respetar la prohibición de fumar y tendrá la facultad de expulsar del local a quien no guarde los respetos debidos, fijando en lugar visible el conocido rotulito: «Reservado el derecho de admisión».

Colectivamente, así, en masa, nos entusiasman los renterianos y aún más las renterianas; pero, aquí en confianza, hay que reconocer que los hay algo bruscos, y bueno, es dotar al señor bibliotecario de un cúmulo de atribuciones.

Por lo que respecta al punto principal, esto es al contenido, a los libros, se hará petición a los vecinos; de estas bibliotecas particulares pueden llegar ejemplares curiosos y útiles: otros, como folletines malos y novelas pornográficas, serán devueltos a sus donantes.

El presupuesto que se consigne para compra de libros debe atender en primer término, a adquirir obras elementales de Ciencias y Letras, así como manuales de oficios varios; después debe hacerse con las obras completas de los grandes escritores de la región: por ejemplo, las de D. Pio Baroja, que conquistan y hacen suyo al más reactivo a la lectura: las de D. Miguel de Unamuno, de D. José M.^a Salaverría; Baraibar, Brunet, Loyarte, etc., etc.

Recordamos a este propósito la lista de obras que en una conferencia sobre «La lectura» recomendaba D. Pio Baroja, para los que, por sus estudios previos, están en un plano de superioridad.

He aquí la lista, interesante y selecta:

Crítica de la razón pura-Kant.—El origen de las especies-Darwin.—Los nueve libros de la Historia-Herodoto.—Los Comentarios-César.—La vida de los más ilustres filósofos-Diógenes Laercio.—Diccionario Crítico-Bayle.—La Civilización en Italia durante el Renacimiento-Burckhardt.—El porvenir de la Ciencia-Renan.—Historia de la Revolución Francesa-Carlyle.—Los Pensamientos-Marco Aurelio.—Siete libros-Séneca.—Manual-Epicteto.—Anales-Tácito.—Los Ensayos-Montaigne.—El Oráculo Manual-Gracian.—Las Máximas-La Rochefoucauld.—Caracteres y Anecdotas-Chamfort.—Los aforismos sobre la felicidad en la vida-Schopenhauer.—Humano, demasiado humano-Nietzsche.—La Odisea-Homero.—Las Nubes-Aristofanes.—Hamlet-Sakespeare.—Don Quijote-Cervantes.—La vida es sueño-Calderón.—El Avaro-Moliere.—Robinson Crusoe-Defoe.—Rob Roy-Walter Scott.—Picwick-Dickens.—Los hermanos Karamazoff-Dostoiewski.

Si hemos previsto la posibilidad de algunas infracciones del orden y su sanción, también es previsible el otorgamiento de premios y recompensas.

Los lectores asiduos y correctos, según rigurosa estadística del bibliotecario, se harán acreedores al cabo del año, a recibir el parabién de su aplicación en la lectura: premios en metálico, regalo de libros, abonos al cine, id. al tranvía, estilográficas, etc., etc.

Si contáramos con fondos sobrantes, pondríamos por nuestra cuenta, un bar con servicio gratuito para todo lector, después de haber leído.... un refresco, un bock y hasta una chopera no vendría mal después de un hartazgo de Kant....

M. M. M.



Juanito Olazaguirre

¡Quien hubiera creído que en el cuerpo menudo de Juanito habría un depósito de energía en estado potencial!

La amabilidad, la simpatía de su trato nos agradaba sobre manera; su rostro, acaso sin parecido, nos recordaba el de D. Luis de Zulueta; y entrábamos en la peluquería de Juanito,

en Rentería, con la obsesión de que nos iba a cortar el pelo el esclarecido escritor.

La energía de Juanito ha consistido en no apoltronarse, en no conformarse, con el aurea mediocritas de los apáticos y en buscar y hallar más altos y dilatados horizontes.

Suum cuique: a cada uno lo suyo y cada cual a lo suyo; Juanito no se desvió de su profesión; no aspiró a ser autor dramático o novelista como otros barberos ilusos y fantasmagóricos que hemos conocido: Juanito, dentro de su arte, observó a su tiempo, que es cuando hay que hacer las cosas, a tiempo, que la peluquería ofrecía un porvenir brillante, en el ramo de señoras (un ramo delicioso que para mi quisiera) y marchó a París en el mixto de Hendaya de la una y veinte, hora francesa.

¿Qué iba a hacer Juanito en París?

Aprender concienzudamente el servicio femenino de peluquería; ondulación Marcel, permanente y acuosa; melenas Garconne, Ninón y demás mitologías; todo tan bien aprendido y ejecutado que se ganó un importante premio en un concurso parisién de artifices del cabello.

El salto estaba dado; después, la instalación de un salón modelo en San Sebastián, la clientela que pide turno por teléfono y el crédito que se desborda.

Juanito amigo, choque Vd. esos metacarpos.